

Al fundar el ARTISTA, no ha sido otro nuestro intento que el de despertar en nuestra patria el gusto á las bellas artes, que tanto ennoblecen á los que las cultivan y que entre nosotros son el objeto de una indiferencia harto dolorosa; y abrir, al mismo tiempo, una tribuna en que puedan emitirse libremente todas las opiniones, en punto á las materias que pertenecen á nuestro dominio. Sentado esto, es evidente que siempre que hagamos la crítica de alguna obra ó proyecto, hallarán acogida en nuestras columnas las observaciones de su autor, en el supuesto de que, como lo esperamos, se hallen espresadas en términos decorosos y sin amargura, como los que siempre emplearemos en nuestra censura. Asi mismo entendemos no cargar con la responsabilidad de los artículos comunicados que insertemos, siempre que estos lleven la firma de su autor, como tenemos derecho de exigirlo cuando su contenido no se halle en completa conformidad con nuestras ideas. Del mismo modo que permitimos el ataque damos lugar á la defensa. De aqui resultará la discusion, y de la discusion nace casi siempre la verdad.

Bellas Artes.

§. III.

Epoca brillante fue para nuestra arquitectura el siglo XIII, en que se elevó en su género al mas alto grado de elegancia, esbelteza y magestad. "Oh! cuán aventurados estos tiempos", decia Don Lucas Tuy "en que el muy honrado P. Rodrigo, »arzobispo de Toledo, edificó la iglesia toledana »con obra maravillosa. El muy sábio Mauricio »edificó fuerte y hermosa la iglesia de Burgos. El »muy sábio Juan, canceller del rey Fernando, »fundó la nueva iglesia de Osma. El noble Nuño »obispo de Astorga fizo el campanario y la clausura de la iglesia &c."

Y ciertamente en este período el arte de edificar tomó extraordinario incremento, cual podia esperarse de la mayor tranquilidad y beneficios procurados por las altas virtudes cristianas y politicas de S. Fernando; época en que restablecido el culto con singular magnificencia, juntamente con la prosperidad y poder á que caminaba la nacion, causó precisamente esta revolucion tan admirable de las artes, en general, y en particular de la arquitectura. Ya desde principios del siglo anterior se fue preparando el camino á este incremento y

perfeccion del arte, por los muchos ilustres extranjeros y literatos de Francia é Italia que vinieron á Toledo, despues de conquistada por D. Alonso VI, donde se introdujeron notables novedades, desconocidas usanzas, hasta en la liturgia.

La célebre victoria de las Navas, que estableció para siempre nuestra superioridad sobre los árabes, que no pocas prácticas transmitieron á los nuestros en el arte de edificar, nos permitió emprender grandes cosas. Acaso la vuelta de nuestros cruzados de Siria y Palestina, y de muchos extranjeros entusiasmados con los edificios de aquellas regiones, como tambien el espíritu é instituciones caballerescas que estaban ya en boga en tiempo de D. Alonso el Sábio y que añadieron á nuestro antiguo carácter la arrogancia y la galantería, produjeron, asi como en otras artes, una mudanza casi repentina en la arquitectura, ensalzándola en nuestras fábricas del siglo XIII á tal estado de gentileza y elegancia, que aun hoy causa admiracion á todas las naciones cultas. Asi ostentaba estos primores la catedral de Leon, principiada á últimos del siglo XII, justamente celebrada por todos. La de Burgos, cuya primer piedra colocó S. Fernando con el obispo D. Mauricio en el año de 1221, se emprendió con celo tan religioso y propio de aquella edad, que el mismo prelado dejó concluido todo el cuerpo de ella y principiadas las dos torres de la fachada principal. Esta iglesia es de tres naves sobre columnas redondas, tiene doscientos sesenta pies de largo y doscientos seis de ancho, sin contar las capillas. Tales son la magestad y magnificencia de su interior, la elegancia y esquisito gusto de su contorno exterior, la bella proporcion y simetría en sus ventanas, el precioso concluido de sus altas agujas, torrecillas y trepados, que no dudamos en presentarla como el tipo mas bello de esta arquitectura en España.

S. Fernando, igualmente, y el célebre arzobispo D. Rodrigo pusieron cinco años despues la primera piedra de la catedral de Toledo. Pedro Perez, cuyo epitafio todavia se conserva, fue el primer arquitecto conocido de esta fábrica, que es de cinco naves circundadas de capillas y toda de piedra blanca, con ochenta y cuatro pilares. Tiene cuatrocientos cuatro pies de largo, doscientos dos de ancho y ciento sesenta la altura de la nave principal. El bello órden, riqueza y perfeccion en sus conjuntos y detalles hacen desear una descripcion artística y bien razonada de esta iglesia, muy digna de ser, aun en lo material, la primada de las Españas.

Otros edificios, aunque de menor estension pero suntuosos y de buen gusto gótico, se principiaron por entonces. Solo haremos mencion de

la iglesia del monasterio de Samos en Galicia, de la muy elegante y proporcionada de S. Francisco de Burgos; del puente suntuosísimo sobre el Miño, mandado hacer por D. Lorenzo obispo de Orense, y un poco mas adelante el de Alcántara en Toledo, restaurado por D. Alonso el Sábio. En toda la corona de Aragon se erijian nuevos prodigios del arte, protegidos por el celo y grandeza de su rey D. Jaime el conquistador; pues en Palma de Mallorca, puso este príncipe la primera piedra de su magnífica catedral en 1230, mandó principiar la parroquial de Santa Eulalia y concedió terreno para su lonja de Mercaderes, edificios todos insignes por su elegancia y proporcion en todas sus partes.

El mismo príncipe contribuyó para que se viera en su total perfeccion la iglesia de Santa Catalina mártir en Barcelona, donde ya se habia principiado algunos años antes la gran fábrica de la Seu; y en todo lo que faltaba del siglo XIII, vió esta hermosa cabeza del principado concluidas las iglesias de S. Cucufate, de escelentes proporciones, la de nuestra Señora del Cármén, y sobre todo la muy bella y espaciosa de S. Francisco, principiada por D. Jaime I de Aragon y consagrada en 1297 por S. Luis, obispo de Tolosa.

En la ciudad de Valencia se adelantaba notablemente la catedral, cuya primera piedra puso D. Andres de Albalat, su tercer obispo en 1262: y en junio de este mismo año tuvo tambien principio la del monasterio de Cistercienses de Benifaza, singular y curioso edificio á siete leguas de Tortosa.

El convento é iglesia de S. Francisco de Zaragoza tuvieron su principio en 1286 y no se acabaron hasta en 1360. Los memorables sitios, que sufrió aquella heroica ciudad en 1808, destruyeron esta iglesia, uno de los mas respetables monumentos de arquitectura godo-germánica que habia en Aragon. Era de una sola nave y constaba de doscientos cuarenta y seis pies de largo, y setenta y cinco de ancho. Por esta época se principiaron las famosas atarazanas de Sevilla por mandado de D. Alonso el Sábio.

Hemos visto en los tiempos de S. Fernando y en todo lo que faltaba del siglo XIII, cuantos magníficos templos se erijieron por todas partes, sin contar los muchos edificios civiles que pudieran haberse citado. En los siglos que le sucedieron, por el contrario, y en particular en Castilla, fueron estos harto escasos y débiles; menos suntuosos los dedicados al culto Divino; al paso que por todas partes eran repetidísimos y grandiosos los militares. Las discordias intestinas que nacieron con el empeño que tuvo D. Alonso el Sábio de hacerse emperador de Alemania, dividieron en bandos á

Castilla y Leon, aspirando cada cual al dominio sobre los otros, á enriquecerse y destruir el patrimonio real. Cada uno para asegurarse de lo adquirido y hacerse temer de sus vecinos, y aun para resistir á la autoridad, hacia construir castillos, torreones y casas fuertes. Los reyes apenas tenian otros; y si los tenian no eran dignos de este nombre, y se han arruinado de tal modo que en muchas partes no queda ni aun memoria del sitio donde se hallaron. Algunos se redujeron á conventos; y así los únicos que podian llamarse palacios eran los alcázares de Segovia, Madrid, Toledo y Sevilla.

A principios, pues, del siglo XV se vió concluido y en su total perfeccion el célebre castillo de Bellver, cerca de Palma, en Mallorca. Fue mandado construir por el rey D. Jaime el II, á Pedro Salbat, mallorquin, y quiso que fuese todo de piedra de sillería por dentro y por fuera.

Se sacó la mayor parte de esta de la famosa cantera de Santañy, tan apreciable por su consistencia, color, finura é igualdad de grano, que el rey D. Alfonso V de Aragon amplió con ella el famoso Castelnuovo de Nápoles. El insigne Don Gaspar de Jovellanos nos ha dejado una escelente descripcion, acompañada con dibujos, de aquel edificio respetable y famoso en la historia de aquella isla, habiendo servido de palacio y casa de recreo á los reyes de Aragon y de Mallorca. En esta época se hizo tambien el castillo que aun se ve en la villa del Carpio, en el reino de Córdoba, de escelente construccion, y fue obra del maestro *Mahomad*, mandólo construir Garci Mendez de Sotomayor.

En 1321 se principió la catedral de Palencia, edificio de tres naves bastante bello y de una sencillez rara en aquella época.

Continuabase en Cataluña erijiendo templos respetables y magníficos. En Barcelona se empezó el año 1328 el de Santa María del Mar, de tres grandes naves, cuyos pilares altísimos y ligeros sostienen diez y nueve arcos con sus bóvedas. La suntuosa obra de la Seu estaba ya en 1339 muy adelantada, pues á 7 de los idus de julio, segun Diago, se trasladó el cuerpo de Santa Eulalia á su capilla; y Jaime Fabra, uno de los arquitectos de dicha catedral, con otros obreros, asistió á cubrir la urna en que se colocaron las santas reliquias. Trabajaba las pilastras del claustro de la catedral de Vique Berengario Portell, á quien tambien se le atribuyen las del claustro de Rípoll, adornadas con follages y animales de escelente ejecucion.

En esta época se principió el fuerte y famoso puente sobre el Tajo, mandado construir por el gran D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo,

obra solidísima y grandiosa, flanqueada de dos torreones.

Quedó casi concluida á mediados de este siglo la catedral de la Seu de Zaragoza, noble y magestuosísimo edificio de cinco grandes naves, además de las ricas y espaciosas capillas que lo rodean. El gusto de su arquitectura gótica, mas sobria de adornos que otras de aquel tiempo, la bellísima proporcion y solidez de sus columnas y archivoltas, el color severo de la fábrica en su interior y la misteriosa luz que permiten sus elegantes ventanas, forman una mansion de las mas augustas y venerables de España.

En Sevilla se principió en 1364 á reparar y construir gran parte del alcázar por mandado del rey D. Pedro. Es de carácter árabe, y del mismo estilo la sala noble llamada de embajadores, decorada con columnas de mármol y con otros ornatos muy particulares y prolijos. Es posible que la hayan construido maestros árabes, ya fuesen cautivos ó traídos de Granada.

Pero en Barcelona era increíble la actividad y noble espíritu con que se continuaba en emprender obras de la mayor importancia, pues á mas de las que se construian desde principios de este siglo, en 1269 se empezó la casa consistorial, que se perfeccionó y adornó con extraordinaria riqueza y obras de cresteria primorosamente labradas. Muy poco es lo que de ellas se conserva, habiendo sido aniquiladas con las nuevas reedificaciones: desgracia muy frecuente en nuestros dias y que hace llorar la pérdida de tantos monumentos preciosos para las artes y aun para la historia, pero muy despreciados por arquitectos rutineros é ignorantes. La misma ruina, si bien por diferentes causas, sufrió el gran convento é iglesia de San Agustín, edificio que se concluyó pocos años después y del cual solo ha quedado el bellísimo pátio grande.

Otras dos obras considerables se emprendieron á fines del siglo en la misma capital. La iglesia de Santa María de los Reyes, ó del Pino, en 1380; y su famosa lonja, tres años después. El salón bajo que todavia se conserva es de tres altas y espaciosas naves con bellísimas columnas y delicados adornos.

Pero si todas estas obras que acabamos de citar dan una idea muy brillante, no solamente del estado en que se hallaba el arte de edificar en aquella corona por todo el siglo XIV, sino tambien de su prosperidad y gloria, no podemos concebir como se han eclipsado los nombres de aquellos artistas, de los cuales apenas se conoce un corto número en todo aquel siglo. No sucedió así en otras provincias de España en que eran muy conocidos los nombres de Lope Arias, de Zamora,

que construyó el alcázar de Ciudad-Rodrigo, de Yenegro Jimenez, Duriz y Juan García de la Guardia que gozaban de gran reputacion en Navarra, así como Juan Fernandez y Basco de Bras en Lisboa: los de Diego Fernandez y Juan Rodriguez arquitectos del rey en Sevilla, el de Alonso Martinez maestro mayor de su catedral; Alonso Gonzalez de Jerez, Juan Alonso que hizo el monasterio de Guadalupe, y finalmente Rodrigo Alonso maestro mayor de la catedral de Toledo y que hizo la traza de la Cartuja del Paular que fundó D. Juan el II en 1390.

El recreo de Aranjuez tuvo principio en 1387, en que D. Lorenzo Suarez de Figueroa, gran maestro de la órden de Santiago, mandó construir un gran palacio de cantería y ladrillo en el mismo sitio que hoy ocupa el actual. Fernando el Católico, habiéndose adjudicado los maestrazgos de las órdenes militares, lo hizo decorar y pintar, en particular la cámara de la Reina, porque en ella dormia su esposa Doña Isabel; y siguió en ser recreo y habitacion de los reyes hasta que Felipe II mandó trazar otro alli mismo por Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera.

En 1389 se principió tambien el magnífico claustro y capilla de S. Blas de la catedral de Toledo, en cuya ciudad se reedificó el puente de San Martín, así como otro famoso sobre el Tajo en Villafranca, obra excelente de cinco arcos con dos torres enmedio y otras dos á sus extremos. Todas estas obras, y otras que seria largo enumerar, se ejecutaron por disposicion de el insigne prelado D. Pedro Tenorio.

La catedral de Oviedo, una de las mayores de España, dará fin á esta sucinta narracion de la arquitectura en el siglo XIV. Se principió esta iglesia en 1388 sobre la que ocupaba la de S. Salvador que habia erijido D. Alonso el Casto. Consta de tres naves, el átrio y su fachada principal están muy enriquecidos con primorosos adornos góticos, superiormente labrados. Su torre se distingue entre todas las del reino por la profusion de trepados y cresteria que la engalana. = V. C.



**EL ULTIMO DIA
DE UN REO DE MUERTE.**

Por Victor Hugo (1).

Es incontestable que, de algunos años á esta parte, se ha efectuado una revolucion literaria completa en casi toda Europa. Cuáles hayan sido sus causas, cuáles su fin y resultados hasta el presente, es materia de demasiada importancia para este artículo, y sobre la cual nos proponemos volver dentro de muy poco tiempo con alguna detencion. Baste decir, por ahora, que entre los apóstoles de esta reforma se hallan los nombres de Byron, Walter Scott, Goethe, Manzoni, Chateaubriand, Victor Hugo y otros, cuya celebridad es europea: y que los primeros objetos de la admiracion de estos escritores, las autoridades en que se han fundado para sacudir el antiguo yugo de la imitacion (si autoridades eran necesarias para tal empresa), son Shakespeare, Dante, Calderon, &c. &c. Nos parece que esto es decir bastante.

Pero nuestros Aristarcos de aquende los Pirineos, no solo no han intentado demostrar á sus discípulos la monstruosidad de las nuevas doctrinas (tal calificacion les han merecido á estos señores), sino que ni siquiera les han hablado de ellas, como si no mereciese la menor indicacion una cosa que, á pesar de todos los esfuerzos de sus adversarios y de los violentos ataques con que han intentado ahogarla en su cuna, existe ya de hecho. Aparapetados detras de Aristóteles y de sus mil comentadores, con un arsenal de reglas á la mano para arrojarlas, á veces sin medida, á la cabeza de los innovadores (reglas emanadas algunas del buen gusto y de un sano análisis de las creaciones de los grandes hombres, y por lo tanto incontestables; forjadas las demas por la mania de erijirse en jue-

ces los que se sentian demasiado pequeños para inventores) y enteramente dueños del terreno, han podido rechazar nuestros críticos en el interior de su patria los ataques, ó por mejor decir, las humildes observaciones de los que creian aun, con toda la sinceridad de su alma, que Calderon y Lope de Vega fueron dos grandes hombres: al paso que el conocidamente saludable é ilustrado cordon de las aduanas, sirviendo de línea avanzada y fronteriza, condenaba con una urbanidad irresistible al fuego, y tal vez á fines igualmente trágicos, aunque menos nobles, los libros extranjeros que tenian la impudencia de hablar de alguna cosa á hombres que nada querian ni tenian que aprender, y que, con sus doctrinas subversivas y con hacer creer á los españoles que sus abuelos no merecieron llevar albardas, no aspiraban á menos que á desterrar de nuestra patria las sanas doctrinas clásicas, y á hacer de nosotros un pueblo de herejes, y quién sabe si de antropófagos. ¡Admirable union de plumas y bayonetas siempre que se trata de erijir en ley la intolerancia!!

Pero, gracias á la ilustracion del gobierno que nos rije, las trabas materiales que encadenaban el ingenio cayeron ya por tierra. Las de la rutina, las que se pueden combatir con la pluma y la discusion, tardarán poco en desvanecerse, no lo dudamos. ¡La discusion! terrible prueba que hace conocer á punto fijo el temple de las armas que en ella se emplean, y de cuyo choque resulta la verdad, como al choque de las armas brotan chispas de fuego. ¡La discusion! enemigo el mas terrible de los que viven de engaños y deslumbran al público con sofismas. La luz es para ellos tan odiosa como á las lechuzas y á todas las aves nocturnas.

Y ántes de pasar adelante, séanos permitido observar que no pretendemos colocarnos exclusivamente en uno de los dos bandos en que se halla dividida la literatura. Donde hallemos lo bueno allí estará nuestra bandera. Con igual empeño rechazaremos las ridículas exigencias de algunos que se llaman á sí mismos retóricos, que el desfreno de los que, burlándose de todas las trabas, creen que no conviene aprender las reglas sino para hacer lo contrario de lo que ellas prescriben;

(1) Traducido al castellano por D. José García de Villalta. Se vende en Madrid, en casa de D. Manuel Viana, calle de Carretas.

del mismo modo que se estudia y analiza un veneno para saberse preservar de él. En política, como en literatura, hay siempre energúmenos que todo lo llevan al extremo. De estos huirémos cuanto podamos.

Este preámbulo, tan largo, acaso, como las observaciones á que debe servir en cierto modo de introduccion, nos ha parecido indispensable para poder entrar de lleno en la materia, y hablar de un libro que para muchos de nuestros lectores será de un género enteramente nuevo, y que, por consiguiente, no podrá razonablemente ser juzgado con un código antiguo, ni medido con un compas hecho para obras de distinta naturaleza: del mismo modo que no se exigirán iguales proporciones y distribucion en una mezquita árabe y en un templo ateniense, ni los mismos contornos en una pirámide de Egipto que en la columna trajana.

«El último dia de un reo de muerte,» es de un escritor que, aunque no cuenta todavia muchos años de existencia en el mundo material, lleva ya bastantes de vida en el literario, en el cual ha llegado á adquirir una reputacion colosal, que legitiman en nuestro concepto sus admirables poesías y su novela de «Notre Dame de París,» creacion original y para nosotros gigantesca, que, si bien no exenta de lunares, ofrece á la admiracion del filósofo algunos caracteres pintados con una profundidad y al mismo tiempo una valentía extraordinarias. No obstante, hemos oido á muchas personas hacer una crítica bastante amarga de esta obra. Pero las cabezas medio bosquejadas de Miguel Angel, con sus parches de colores, crudos al parecer, y sus contornos gigantescos desagradan tambien á muchos aficionados. ¿Las condenaremos por esto?..

El argumento del presente libro es severo: su intencion sumamente filantrópica; y el sabor, que deja su lectura, amargo como el de casi todas las verdades.

En medio de los progresos incontestables de la civilizacion, un hombre, cuya imaginacion ardiente quisiera ver volar los siglos como años y tocar la perfeccion en todos los ramos, cansado de oirnos con harta frecuencia hacer alarde de nuestras virtudes, se ha propuesto avergonzarnos, presentando desnudas á nuestros ojos algunas de las llagas

que afean y corrompen nuestra sociedad moderna, restos de la antigua barbarie, que tal vez no podremos sacudir en muchos años. Para esto, descien- de al calabozo en que un reo de muerte espera con angustia el momento fatal; y por uno de esos privilegios extraordinarios del genio, se identifica con él de tal modo, que sufre sus mismos dolores y experimenta las mismas sensaciones. Su imaginacion le traslada por momentos á los pasados tiempos, y lee con delicia las páginas risueñas y apacibles de su dorada juventud, aquellos dias serenos en que su corazon latia dulcemente al lado de su amiga, á la sombra de los frondosos castaños, ó bañados por los rayos melancólicos de la luna. Hace un año que libre respiraba el aire puro del campo, y recorria la ciudad sin que nadie le detuviese, y por la noche le acogian los brazos de una esposa idolatrada, los labios frescos é inocentes de una hija, de los cuales, como el aroma que se exhala de una flor, se desprendian los deleitosos acentos de ¡padre! ¡padre mio! cuya magia solo puede concebir aquel á quien van dirigidos.

Pero ahora, la fria humedad del calabozo penetra hasta la médula de sus huesos: la luz del sol se estrella en la parte exterior de las paredes macizas que le oprimen, sin que un solo rayo llegue á consolarle. Y su imaginacion se lanza todavia con mayor facilidad al porvenir que á lo pasado, y le ofrece tormentos tanto mas horribles, cuanto no puede dudar que los recuerdos, que ha poco daban algun alivio á su congoja, no fueron sino una ilusion; en vez que la muerte será dentro de poco una realidad. Ya se le figura que oye rechinar la cuchilla que está afilando el verdugo; luego la ve desplomarse sobre él, como un peñasco que se desgaja de la cima de un monte; siente el acero morder su carne, romperle los nervios y rodar desprendida su cabeza; y él entonces lanzado en el caos y la eternidad, vuela y delira hasta que fatigada su imaginacion vuelve á caer de nuevo en la realidad, en lo presente, mas cruel mil veces que lo futuro. ¡Terribles cuadros, terrible drama, cuya opacidad misma cautiva la razon, como dice muy bien el traductor en su cortísimo prólogo!! Su lectura hace meditar muy profundamente en un castigo que con harta frecuencia imponen los hom

**

bres á los hombres, y que la filantropía quisiera ver desaparecer de la faz de la tierra. Ahora bien: ¿es moral el fin de este libro? — No faltará todavía quien diga que no.

Es cosa natural en el hombre mirar con prevención, y hasta con desprecio, todo lo que no está al alcance de su inteligencia, cuando nada le obliga á creerlo bueno puramente de fé. Así hace un ignorante tan poco caso del cálculo mas ingenioso de un matemático, ó de la elocuentísima oración de un jurisconsulto, como de las flores de antaño. Dése un libro de filosofía á un niño de diez años y se le caerá de las manos. Del mismo modo, un autor que no aspire únicamente á entretener, sino que, á favor de la magia del interes, pretenda filtrar en sus lectores alguna verdad importante: un escritor cuyas proposiciones, al parecer nuevas y paradójicas, exijan cierta detención en el que las lee para poderse penetrar de su espíritu, y un juicio recto para juzgar de su exactitud, deberá disgustar á muchos, que solo buscan en una obra de imaginación un pasatiempo con que hacer menos lento y molesto el curso de su perezosa existencia.

Estos pueden renunciar á leer el libro que anunciamos, así como las obras de la mayor parte de los célebres autores modernos. El arte, envilecido hasta ahora con harta frecuencia y encerrado en estrechos y mezquinos límites, aspira á mayores cosas, y exige, del mismo modo, mayores conocimientos en los que han de juzgarle. Esto es lo que irrita á muchos: esta la causa de la aversión que profesan á la escuela moderna, representada, segun lo entendemos, por sus gefes y no por sus abortos.

Para muchos será esta obra de un género enteramente nuevo, desconocido; pero solo les pedimos que la lean con detención; y si llega á interesarles vivamente el reo, si hallan verdad en la pintura de sus tormentos y aun llegan á sentirlos en parte, no se esfuerzen por indagar si los medios que el autor ha empleado para lograr su fin están en conformidad con las reglas. La condición primera é imprescindible de toda la obra de imaginación es el interes. Si lo tiene, buena será por mas que Aristóteles y todas las universidades del mundo la tachen de perversa.

Y ántes de concluir, á pesar de que ya nos hemos alargado mas de lo que pensabamos, no podemos menos de decir algo del estilo de esta obra, para rebatir de antemano una de las objeciones que acaso harán á su autor y emitir sobre un punto tan interesante nuestra opinion que, sino es enteramente fundada en razon, al menos la creemos nueva, y acaso podrá dar lugar á que otro dé en el acierto.

Acostumbrados á períodos largos y redondeados, nos choca el corte que dan á los suyos muchos escritores modernos, y tachamos su estilo de duro y cortado. Sin tratar de disculpar á los que realmente incurren en este defecto, séanos permitido hacer una observación.

Fué un tiempo en que todo el arte parecia consistir en saber amplificar y desleir una idea en una docena ó mas de renglones, y con tal que las palabras fuesen retumbantes y sonoras, se decia que el autor tenia muchísima fecundidad. En el dia esto se llama fárrago; y en los discursos, del mismo modo que en las alhajas, nos vamos acostumbrando á exigir mucho valor intrínseco, es decir, muchas ideas en pocas palabras.

Esto admitido, nos parece facilísimo explicar la razon porque en los escritores modernos no se hallan con tanta frecuencia como en algunos antiguos períodos largos.

Y si es cierto que cada idea produce en el ánimo una sensación, una página de Victor Hugo producirá á veces un número mayor de sensaciones que cuatro páginas de otro autor que, con sus períodos largos, contenga en este volumen menos ideas que el primero. ¿Y cuál de los dos escritores merecerá la palma? ¿Cuál de estos dos modos de escribir será mas fácil? -- No sabemos si hemos logrado desenvolver bastante nuestra idea.

Por lo que hace al mérito de la obra, que ha sido el objeto de este artículo, sin admitir que sea la producción mas acabada de Victor Hugo, la creemos digna de su autor, y es decir bastante. Sus defectos son los de una imaginación demasiado fogosa que á veces traspasa los justos límites; defectos propios de todos los grandes poetas.

La traducción es de una pluma que goza de

justa reputacion entre nuestros literatos, y á quien, entre otras cosas, se debe una novela, cuyo primer tomo acaba de ver la luz pública, y de la cual hablaremos á nuestros lectores en cuanto se hayan impreso los seis de que se compone.=C. A.



POESIA.

Cancion del Pirata.

Con diez cañones por banda,
Viento en popa, á toda vela,
No corta el mar, sino vuela
Un velero bergantin:
Bagel pirata, que llaman
Por su bravura el TEMIDO,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul:
Y vé el capitan pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa,
Y allá á su frente Stambul (1)

(1) Nombre que dan los turcos á Constantinopla.

» Navega velero mio
Sin temor,
Que ni enemigo navio,
Ni tormenta, ni bonanza,
Tu rumbo á torcer alcanza
Ni á sugetar tu valor.

» Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés.
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.

» Que es mi barco mi tesoro,
» Es mi Dios la libertad,
» Mi ley la fuerza y el viento,
» Mi única pátria la mar.

» Allá meuevan feroz guerra
Ciegos reyes
Por un palmo mas de tierra;
Que yo aqui tengo por mio
Cuanto abarca el mar bravio
A quien nadie impuso leyes.

» Y no hay playa,
Sea cual quiera,
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

» Que es mi barco mi tesoro,
» Es mi Dios la libertad,
» Mi ley la fuerza y el viento,
» Mi única pátria la mar.

» A la voz de ¡barco viene!
Es de ver
Como vira y se previene
A todo trapo á escapar:
Que yo soy el rey del mar
Y mi furia es de temer.

» En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Solo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival

» Que es mi barco mi tesoro,
» Es mi Dios la libertad,
» Mi ley la fuerza y el viento,
» Mi única patria la mar.

» ¡ Sentenciado estoy á muerte!
Yo me rio:
No me abandone la suerte
Y al mismo que me condena
Colgaré de alguna entena
Quizá en su propio navío.

» Y si caigo
¿ Qué es la vida?
Por perdida
Ya la dí,
Cuando el yugo
Del esclavo
Como un bravo
Sacudí.

» Que es mi barco mi tesoro,
» Es mi Dios la libertad,
» Mi ley la fuerza y el viento,
» Mi única patria la mar.

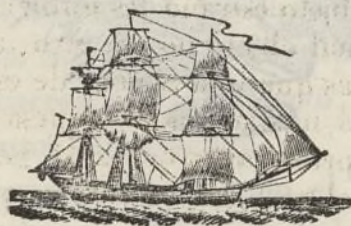
» Son mi música mejor
Aquilones,
El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones:

» Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar;

Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por el mar.

» Que es mi barco mi tesoro,
» La victoria mi deidad,
» Mi ley la fuerza y el viento
» Mi única patria la mar.

J. de E.



ZENOBIA.

» Soportó los suplicios con valor y firmeza y el nombre de la Polonia fue su última palabra.»

F. WENZYK. Gliniski.

Estaba yo un día en el Boulevard de los Italianos, sentado á la puerta del famoso *Tortoni*, tomando un helado y fumando un cigarro de la Habana, agradablemente ocupado en observar los diferentes trages y aposturas de las muchas personas de ambos sexos que pasaban por delante de mí, cuando vino á sentarse á mi lado el jóven Enrique B.... á quien solo una vez habia visto en el baile que dió al rey de Nápoles, á su vuelta de España, nuestro embajador en la corte de Francia. Empezamos á hablar de cosas indiferentes, y noté en él el mismo aire de tristeza que ya me habia llamado la atencion, la única vez que le habia visto; pero como nuestra amistad (ya que en el lenguaje moderno se bautiza con este nombre aun al mas simple conocimiento) databa de tan poco tiempo, me pareció que seria indiscreto preguntarle la causa de su melancolía. No creo inútil decir al lector que era la fisonomía de este jóven una de aquellas que previenen al instante favorablemente, á lo cual añadía Enrique una elegancia sin afectacion y muchísima dulzura en el trato, junto con unos modales finísimos y francos. Ofrecíle un helado y

un excelente cigarro, de cuyas dos ofertas no aceptó mas que la última; pues la costumbre de fumar es ya, hasta en las personas mas delicadas, no menos general en Francia que en España; y desde entonces, sea por aquella necesidad que siente todo desgraciado de comunicar sus penas ó porque, como dice un refran francés: «*los regalillos fomentan la amistad*,» lo cierto es, que nuestra conversacion empezó á tomar bastantes visos de familiar, y que ya, aunque de una manera vaga, me dió á entender que era poco feliz y que sus males nacian del corazon. Reparé en esto que muchas de las personas que paseaban por delante de nosotros se paraban y volvian la cabeza y hablaban entre sí, como si algun objeto extraño les hubiera llamado la atencion: el cual objeto no era otro, á lo que luego entendí, mas que una Señora de extraordinaria hermosura, alta, medianamente gruesa y jóven, aunque no en su primera aurora, que vestida con el mayor lujo y el gusto mas delicado, pasaba dando el brazo á dos caballeros, uno ya entrado en años y cubierto de grandes veneras, y jóven el otro y petimetre hasta el punto de rayar en la fatuidad. Ya varias veces habia yo encontrado en los paseos públicos y en los teatros á esta misma Señora, y siempre me habia admirado por su elegancia y desenfado; pero aunque procuré saber quien era, nunca supieron decirme mas sino que era una dama extranjera y rica en extremo. Cuando pasó por delante de nosotros, saludó á Enrique con muchísima gracia echándole una mirada de inteligencia con una de aquellas inclinaciones de cabeza que reservan las mugeres para algunos séres privilegiados y que tanto lisongean la vanidad del dichoso á quien se hacen en público. Seguila algun tiempo con los ojos, y la ví continuar su paseo en medio de los dos galanes que la acompañaban, apoyándose con la mayor familiaridad ya en el brazo del uno, ya en el del otro. Luego que la hube perdido de vista entre el gentío, me volví á mi amigo para darle la enhorabuena de sus, al parecer, íntimas relaciones con una persona tan amable; pero ¡cuál fue mi sorpresa al hallarle apoyada la frente sobre una mano, con el rostro encendido y entregado á la mas profunda agitación!

Dirigíle algunas palabras para comunicarle mi sorpresa; pero en vez de responderme se levantó precipitadamente, echó un pesoduro sobre la mesa, y sin esperar la vuelta, me cogió del brazo, llamó un *fiacre* y entró en él haciéndome seña de que le siguiera; y habiendo dicho al cochero á los *Campos Eliseos*, empezamos á andar, quedando yo sorprendido y aun cuidadoso de verle en aquella situacion. Al cabo de un corto rato me dijo:

— Acaba V. de ser testigo de la agitación que no

he podido disimular al ver á aquella muger; y le creo á V. demasiado buen observador para no haber conocido lo mucho que me interesa. V. me inspira la mayor confianza, y quiero informarle de lo que me pasa, para que me ayude, si puede, con sus consejos.

Asegúrele que podia contar con mi discrecion; y habiéndonos sentado en unas sillas en los *Campos Eliseos*, á la puerta de una fondilla ambulante, me contó lo que sigue.

«A los 17 años me envió mi padre á París para continuar mi educacion, que él habia dirigido hasta entonces con el mayor esmero en una ciudad pequeña del Langüedoc, donde vivimos juntos hasta la época de mi venida á la capital. Me señaló una pension muy suficiente para vivir con decencia, y durante los tres primeros años pasé una vida verdaderamente deliciosa, ocupado en mis estudios y frecuentando algunas tertulias y los muchos teatros que ofrece esta corte, sin que nada de particular me sucediese durante todo este tiempo. Contento con las fáciles conquistas de algunas damiselas vecinas mias del *barrio Latino*, donde fijé mi residencia (calle de Sena, núm. 12), habia tenido la fortuna de no caer en los lazos del amor; y ya me preparaba á dejar á París por mucho tiempo para volver al seno de mi familia, cuando un amigo mio, á quien casualmente habia visto dos ó tres veces en casa del mariscal G** me propuso llevarme á casa de la señora que acaba V. de ver, lo cual acepté con gusto, habiéndome él asegurado que era persona de excelentes cualidades y que seria perfectamente recibido, sobre todo *siendo presentado por él*. Llevóme en efecto á la noche siguiente..... y aquella visita me decidió á no salir de París en manera alguna, á pesar de estar ya á punto de ponerme en camino y de las intimaciones de mi padre que deseaba tenerme á su lado.

Zenobia Zeloski (que este es el nombre de esa señora) vivia entonces y vive aun en una magnífica casa de la calle de Richelieu, amueblada con el mayor gusto y riqueza, con muchos criados, pero sin parientes ni ninguna especie de allegados. Algunos dicen que Zenobia es viuda de un gran señor ruso, que habiendo muerto poco despues de su casamiento la habia dejado dueña de inmensas riquezas: otros aseguran que nunca ha sido casada, y aun hay quien afirma que su marido viaja por las Indias Orientales, con comisiones secretas del gabinete de S. Petersburgo: pero en lo único en que todos convienen es en no poner la menor mancha en su reputacion. Yo no podré explicar á V. la impresion que produjo sobre mi ánimo la vista de aquella muger la noche primera que fuí á su casa; pero quedé firmemente resuel-

to á no salir de París. Pronto conocí que el jóven que me habia presentado á ella no era ni con mucho lo que él habia querido darme á entender, pues vi que, poco mas ó menos, á todos los presentes hacia el mismo agasajo que á mi *cicerone*. V. sabe que por poco conocimiento del mundo que uno tenga, pronto adivina en una sociedad cuales el *cabaliere servente* de tal ó cual Señora; así yo conocí que alli ninguno se llevaba la palma, y confieso que hubiera sentido que hubiese algun afortunado.

En mi vida he visto muger mas amable ni que mejor hiciese los honores de su casa; ella misma sirvió el té á todos los presentes y vino á sentarse á mi lado en una hermosa otomana, donde durante un largo cuarto de hora, que á mí me pareció un instante, gocé todos los encantos de su conversacion, la mas amena y entretenida del mundo. Desde entonces quedamos grandes amigos: me rogó que fuese á visitarla con frecuencia, asegurándome que yo era la única persona con quien podia seguir una conversacion á su gusto, y haciéndome sobre el particular una crítica de todos los presentes la mas delicada y graciosa que puede oírse; á lo menos á mi tal me pareció en aquel momento.

Nunca acabaria, amigo mio, si hubiera de contar á V. todas las perfecciones que descubrí en ella conforme la iba tratando; mis visitas, que cada dia eran mas frecuentes, en vez de disgustarla, parecian darle la mayor satisfaccion y ella misma me incitaba, á que la visitara aun mas á menudo. El deseo de agradarla; la necesidad de presentarme en su casa y cuando la acompañaba á los paseos ó al teatro (que era muchas veces) de modo que lejos de avergonzarla, pudiera lisongear su vanidad, me metieron en una porcion de gastos muy superiores á lo que podia dar de sí la módica renta que me pasaba mi padre todos los meses; de modo que para aumentar unos gastos tuve que disminuir otros, y así dejé el cuarto que ocupaba en una posada decente de la calle de Sena, por otro situado cinco pisos mas arriba. En vez de comer en buenas fondas, empecé á hacerme traer á mi cuarto lo puramente necesario para no morir de hambre; y todas estas privaciones y otras que ya se dejan suponer, me las hacia, no solo llevaderas, sino aun agradables, la esperanza de ofrecer á Zenobia el palco mas elegante del Gimnasio (su teatro favorito) ó la de presentarme en su casa con un nuevo chaleco de su gusto. Pero á pesar de todas mis economías me hallaba apuradísimo para sostener un lujo á que no alcanzaban mis medios; y además para colmo de desgracia, mi padre, que ya varias veces me habia mandado de la manera mas positiva que fuese á reunirme con él y á quien

mis disculpas no satisfacian ya, tomó el partido de escribir á su banquero, que era el que me pagaba mis mesadas, que no me diese mas dinero que el necesario para mi viage, y eso cuando le presentara mi pasaporte.

Esta conducta, á mi parecer tan dura, de parte de un padre querido, en vez de reducirme á la obediencia, no hizo mas que escitar mi obstinacion y resolví procurarme dinero de cualquier manera que fuese: empecé á frecuentar las casas de juego y tuve la fortuna de ganar bastante para seguir el mismo tren de vida que hasta entonces.

Yo entre tanto seguia viendo á Zenobia con mucha frecuencia y precipitándome en una pasion que me seguirá hasta la muerte. Nuestras conversaciones eran casi siempre las de dos amantes; pero para serlo completamente, les faltaba un punto muy esencial, y era algo mas confianza de parte de Zenobia. A pesar de la especie de encantamiento en que me tenia esta muger, no dejaba yo de ir descubriendo en ella algunos defectos que me hacian muy desgraciado; pero lo que me afligia mas que todo, era su circunspeccion para conmigo y algunos rasgos de indiferencia que dejaba brillar en medio de nuestras conversaciones mas confidenciales. Jamás me habló palabra acerca de su familia, ni nunca tampoco la pregunté yo nada sobre este particular: aun en los momentos en que parecia hablarme con la mayor confianza y cariño, me parecia notar en ella cierto aire de frialdad y disimulo que nunca pude conocer si era natural ó artificioso. De manera, que durante los seis primeros meses de nuestro conocimiento, aunque podia sin presuncion creer que en efecto me amaba, no tenia sin embargo ninguna prueba positiva de su cariño.

Resultó de mis frecuentes visitas á casa de Zenobia lo que siempre sucede; es decir, que algunos ociosos empezaron á estender la voz de que yo era el galan favorecido de aquella dama; y el que mas se distinguió entre los que murmuraban de nuestro supuesto trato, fue el hijo de un noble Par de Francia (que es el mismo que me presentó á Zenobia, y lo que mas le admirará á V., el mismo que iba ahora dándola el brazo.) Se me quejó con lágrimas en los ojos de las murmuraciones de aquel jóven, lo cual me irritó de tal modo, que inmediatamente le desafié, y tuve la suerte de desarmarle y obligarle á desmentirse públicamente de cuanto habia dicho.

Este suceso me hizo ganar mucho terreno en el cariño de Zenobia: yo á lo menos así lo creia, y lo que contribuyó no poco á hacérmelo imaginar, fue un billetito perfumado que me envió pocos dias despues, citándome para las cinco de la tarde á la puerta del *Cadran-bleu*, donde, decia en

su carta, comeríamos juntos y solos para ir en seguida al teatro: me suplicaba además que la acompañara luego á su casa donde tomaríamos el té y me comunicaría un secreto de la mayor importancia, que ya le parecía era tiempo de comunicarme. Estaba yo en el colmo de la alegría, no dudando que el tal secreto no era mas que un pretexto para poder oír favorablemente mi amor, y en alas del deseo llegué una hora antes lo menos á la puerta de la fonda que me indicaba, situada en una de las estremidades del *Boulevard*, cuasi frente por frente de donde estaba antes de la revolución la muy célebre Bastilla. No tardó en llegar la hermosa Zenobia en un coche que despidió al momento: comimos en un *gabinete particular* y fuimos luego al teatro de la puerta de S. Martin, donde daban el famoso drama titulado *Antony*. Durante la comida y toda la representación me habló Zenobia del modo mas tierno y cariñoso: y el drama parecía interesarla vivamente.

--¿Qué feliz debe ser esa Adela, me decía, con el amor de un hombre como *Antony*! ¿Qué pocos se encuentran como él en este mundo!....

--Pocos, la dije, pero algunos hay.

--¿Dichosa la que pueda encontrarlos! me respondió dando un profundo suspiro..... é infeliz el marido á quien le tocan en suerte esposas tan sentimentales como esa bella heroina, añadió dando una gran carcajada y pasando repentinamente de la tristeza á una loca alegría.

Esta cualidad de Zenobia, de pasar en un momento de las conversaciones mas tiernas al epígrama y la ironía, era lo que mas me desesperaba en ella: en un momento destruía con una risa fuera de tiempo todas las imágenes de felicidad romanesca que me habian hecho formar sus palabras de ternura. Veíala á veces derramar lágrimas por la desgracia de un amante desventurado; y un instante despues parecia mirarla con la mayor indiferencia, como si fuera la criatura mas insensible de la tierra.

Volvimos acabado el drama á casa de Zenobia, donde nos esperaba un excelente té, preparado ya de antemano por su camarera; sentámonos junto á la chimenea en que ardía una buena cantidad de leña, que hacian indispensable el frio y humedad de la estacion. No puede V. imaginarse la multitud de sensaciones que agitaron mi corazón al hallarme solo, á las 11 de la noche, en un gabinete adornado con toda la elegancia y voluptuosidad imaginables, al lado de la muger, cuya presencia era para mí la felicidad suprema. Es este uno de aquellos momentos en que el hombre se eleva á su celeste naturaleza. Zenobia parecia muy ocupada en hacerme olvidar el objeto de nuestra reunión, que era segun me dijo en su carta, el des-

cubrirme un secreto importantísimo; pero estaba yo muy lejos de olvidarlo.

--Me parece, la dije al fin, que nadie puede escucharnos; Zenobia, si mi corazón no me engaña, si tiene V. confianza en mí, descúbrame el secreto prometido, que yo sabré guardarlo, como guardo el de mi amor.

--¿Está V. enamorado? me preguntó con una sonrisa angelical; merézcale á V. su amiga la confianza de declararme cual es el dulce objeto de su pasión.

--¿Se burla V. de mí, Zenobia, ó se divierte en fingir que ignora lo que sabe tan bien como yo mismo?

--Tiene V. razón, me respondió con un acento lleno de ternura; creo que soy amada con todo el entusiasmo del talento y de la juventud.... ¡Pobre Enrique!--En esto me entregó una de sus manos que yo, arrodillado delante de ella, cubrí de lágrimas y de besos. --Pero el cielo, prosiguió, no nos hizo el uno para el otro, y.... por eso escribí á V. esta mañana, para decirle de palabra que no vuelva nunca á mi casa.

Si un rayo hubiera caído á mis pies en aquel momento, no me hubiera dejado mas absorto que las palabras de Zenobia.

--Yo no soy, añadió con mucha seriedad, una de aquellas mugeres que se hacen las desdeñosas para tener el gusto de dejarse vencer despues de una calculada resistencia. Si ahora le digo á V. que no vuelva á mi casa, no es para que mi importune con súplicas inútiles, sino para que lo haga.

El desórden de mis ideas me impidió oír otras muchas cosas que me dijo; pero la primera impresión que sentí despues de algunos instantes fue la de una justa vergüenza, por hallarme todavia arrodillado delante de una muger que acababa de hacerme un *desaire* tan inesperado. Levantéme inmediatamente sin saber que hacer ni que decir; solo sentia un agudo dolor mezclado de ira y de indignación. Un vago proyecto de venganza me ocurrió entonces; y, sin meditarlo ni un solo instante, lo adopté resuelto á cuanto pudiera sucederme. Tomé el sombrero y saludando á Zenobia con la mayor frialdad, salí de su gabinete cuya puerta cerré con alguna violencia: entré en el salón inmediato, y me escondí debajo de un *ancha otomana*, despues de haber abierto y cerrado la puerta por donde se salía al recibimiento, para hacerla creer que me habia marchado....

(La conclusion en el n.º siguiente.)

TRATADO DE PERSPECTIVA LINEAL

dispuesto para el uso de los discípulos de la Real Academia de San Fernando, por don Manuel Rodríguez, académico de mérito y director encargado de la enseñanza de esta ciencia en dicha Academia. Madrid: por Ibarra, impresor de cámara de S. M. 1834. 1 vol. en 4.º de 88 pág. y 27 láminas.

La utilidad y amenidad de esta ciencia es tan conocida que escusamos recomendarla á los artistas y aficionados. Es increíble el número de tratados, que desde el principio del presente siglo, han visto la luz pública, tanto en Alemania é Inglaterra, como en Francia y en Italia. En el siglo anterior se publicaron muchos que no tenían tal vez otra recomendación que el lujo y profusión de sus láminas, y lo costoso de la edición, y mezclados, entre poco bueno, mucho fárrago y métodos complicados y pesados. El profesor Zanotti, en Italia, quizá es el único que haya escrito, á fines de aquel siglo, un excelente tratado: entre los que últimamente se han publicado en dicho país, el de Landriano goza de particular reputación en Lombardía, que en todas épocas ha producido excelentes profesores en este ramo. Y últimamente ha obtenido particular aprobación en Roma el del P. José M. Mazzetti, Carmelita.

Entre los franceses, desde que Mr. Lepinasse publicó en 1801 su tratado, siguieron otros muchos, entre los cuales merecen citarse los de Thibaut, A. Teysschare, el de Valenciennes, el manual de Mr. Vergnaud, y finalmente, el de Madama A. le Breton.

Mucho tiempo hace que se deseaba en España un tratado de Perspectiva que reuniese á una estension y volumen moderados, preceptos claros y sencillos que estuviesen al alcance de todos. No se habia publicado desde 1817 ningun tratado elemental de esta ciencia, que debe ser tan familiar á todos los artistas y aficionados á las artes; pero el autor del último, D. Fernando Brambila, si bien era un profesor dotado de profundos conocimientos en la teoría y la práctica de este arte, queriendo tal vez evitar el extremo de los tratados que le precedieron, dió en el opuesto de una brevedad y laconismo penosos para los jóvenes, que no quieren cansarse en meditar.

El presente reúne la ventaja de que, evitando los dos extremos, presenta con método claro, además de las nociones generales y preliminares, cuatro modos diferentes de plantear una operación para representar los cuerpos, aplicados todos á un mismo objeto; sigue con el método de trazar los que se ofrecen á la vista en posición inclinada, y el modo de representarlos en las bóvedas vistas á nivel. Ofrece el autor otro tratado de Perspectiva aérea, ó segunda parte de esta obra, si la primera merece, como no dudamos, la aceptación de los inteligentes, y si consigue el aprovechamiento de la estudiosa juventud, á cuya instrucción hace 18 años que se dedica con particular esmero en la Real Academia de San Fernando.

LA VIDA ES SUEÑO.

Esta semana hemos tenido el gusto (no sin mezcla de alguna amargura ciertamente) de ver representada "La vida es sueño," una de las producciones mas justamente alabadas de nuestro inmortal Calderon, que hacia bastante tiempo no se daba al público. Y hemos indicado que no le faltó su acibar á este placer, porque, si prescindimos de unas pocas docenas de espectadores casi siempre fieles, que asistian á la representación, no era fácil que los versos armoniosos de Calderon y los raptos originales y sublimes de Segismundo hallasen eco en los empedernidos corazones de los bancos, que componian la parte mas compacta y numerosa del auditorio.

Acaso contribuya á esta frialdad el modo con que algunas veces se han puesto en escena nuestros antiguos dramas, es decir, con los trages mas rancios y descoloridos, las decoraciones mas descascaradas, mohosas é inverosímiles, con una música que convida á un dulcísimo sueño, y finalmente con el acompañamiento invariable de baile nacional, y del gracioso y divertido sainete.

Mas para ser justos con la empresa, fuerza es confesar que "La vida es sueño" ha sido puesta en escena con mas esmero que otras muchas. Las decoraciones son regulares: los trages, aunque en punto á verdad histórica no pueden ofrecerse como modelos, asaz lucidos; y la comitiva del rey bastante numerosa.--Por lo que hace á la música, solo aconsejarémos al tambor y al clarín, que en las circunstancias árdas tocan al arma, que procuren que su toque se parezca algo menos al de la salida del toro á la plaza.--Los actores se han esmerado tambien algo mas que en otras piezas antiguas. Luna ha tenido momentos muy felices. De Cubas dirémos que sentimos que no haya hablado mas, y de Galindo, por el contrario, que ha hablado demasiado: como, por ejemplo, en cierta ocasión en que, vitoreándole sus fieles vasallos no pudo reprimirse, y lleno de efusión contestó á sus aclamaciones con un afectuosísimo ¡gracias! que, para mengua del autor, no se hallaba en el teatro.

Introducción. Bellas Artes. El último día de un reo. Poesía, el Pirata. Zenobia. Perspectiva. La vida es sueño.

ESTAMPAS DEL PRIMER MES.

Primer número: Velazquez, por D. F. de Madrazo. El Pescador por D. F. Blanchard. Segundo número: El Castillo del Espectro, por D. F. Blanchard. Tercer número: Un Romántico, por D. F. de Madrazo. Juan de Herrera, por D. C. Palmaroli. Cuarto número: El Pirata, por la Señorita Elena Feillet.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

Imprenta de I. SANCHA.

EL ARTISTA.



N. Llorente de Madrid.

C. Palmaroli. f.

CALDERON.

